



Copia en Paris  
J. Cruz Herrera

20 cts.

Copia de la Mona que los franceses han venido admirando desde el 24 de Julio de 1910, en que, según *Le Cri* de Paris, fué robada la auténtica de Leonardo de Vinci, á la que vino á substituir este original debido al pincel de Ninchi.



A medida que avanza el mes de Agosto se van restituyendo á sus hogares una porción de seres felices que pasaron el verano disfrutando de otras temperaturas.

Claro está que no todos esos seres que empiezan á regresar á Madrid han gozado de una felicidad suprema; ¡los hay más desgraciados que un sombrero flexible!

Pero no lo dicen aunque les empalen. Hay oficial quinto de Administración que se ha pasado dos meses en la caseta de un guarda-agujas peleando con su mujer, tres niños, la suegra y un loro, que viene á Madrid diciendo que Biarritz este año es un encanto, y que Trouville es una delicia.

No conozco más que un veraneante sincero. Es D. Atenodoro, que ha estado mes y medio en El Escorial y viene el hombre que echa las muelas.

—¿Qué tal por San Lorenzo, D. Atenodoro?...

—¡No me hable usted del Escorial, porque vengo indignado!

—Que... ¿tan mal le ha ido á usted por allí? ¿Hace calor acaso?

—Ca, no, señor; la temperatura es deliciosa.

—Pues entonces, ¿de qué se queja?

—¿De qué me quejo?... Pues me quejo de que yo había salido de Madrid para pasar el verano á mis anchas, en elástica, con un traje de dril y unas zapatillas por toda indumentaria.

—¿Y por qué no lo ha hecho usted así?

—Pues porque es completamente imposible. Mire usted: no hice más que llegar y sentarme al balcón con el traje que antes le decía. Bueno, pues á la media hora recibí una invitación para un baile del Casino. «Traje de etiqueta», decía la cartulina; de modo que el día siguiente tuve que venir á Madrid y meter en una maleta mis bártulos de gala y el traje de baile de mi mujer y los de mis niñas.

—Hombre, pues se suele pasar muy bien en el pintoresco retiro de Felipe II.

—¡No me hable usted, por Dios, de Felipe II, porque vamos á perder las amistades!

—¿Cómo es eso?

—¡Ay!... Tengo ya á Felipe II, ó *al acreditado Don Felipe*, como yo le llamo, montado en las mismísimas narices... ¡Qué lata!...

—Sí, ¿eh?

—En cuanto pone usted el pie en la estación, ya están los *cicerones* invitándole á ver cosas de D. Felipe. Si se decide usted á hacer caso á uno de ellos, es usted hombre muerto. El *cicerone* echará á andar delante de usted y le irá llamando la atención sobre todo lo que le parezca, sea ó no compatible con D. Felipe.

«—Vea usted, caballero—suele decir el *cicerone*—; en esta piedra añosa y vetusta sentóse á descansar nuestro imponderable D. Felipe, atacado por la gota. Vea, vea la piedra tal y como quedó entonces; está taladrada por la misma gota que atacaba á D. Felipe.»

Y el *cicerone*, después de decir esta barbaridad, se queda tan fresco y extiende la mano para dar la *explicación* siguiente con arreglo á la cuantía de la propina...

¡Y tiene razón D. Atenodoro!

\*  
\*\*

Por un «quítame allá ese aviador» ha surgido un conflicto formidable entre Vigo y Pontevedra.

Los de Vigo ponen el grito en el aparato de Garnier, que ha estado muy cerca del cielo, y parece ser que los de Pontevedra, con el gobernador á la cabeza, se ríen lindamente de sus paisanos los vigueses, á los cuales han *cortado las alas* y le han dejado sin *vuelos*.

El Ayuntamiento de Vigo ha dimitido en pleno, y en una y otra parte se han publicado proclamas escritas, proclamando la guerra local.

Los de Vigo piden al Gobierno la destitución del gobernador, nada menos, y como los de Pontevedra piden todo lo contrario, el conflicto no lleva trazas de arreglarse.

Claro está que tratándose de aviadores, la solución del problema *está en el aire*. Por eso, á mi entender, los vigueses han dado en el *quid* con el último acuerdo tomado para *epatar* á los de Pontevedra.

—¿Ellos han contratado á Garnier por dos mil pesetas? —se han dicho—: bueno; pues nosotros contratamos á Vedrines para que vuele por quince mil francos.

Y así parece que ha quedado solucionado este problema aéreo-local; aunque también es posible que esta solución sea sólo para cubrir las formas, porque entre Vigo y Pontevedra se interpondrá durante mucho tiempo el verso, un poco reformado, del poeta:

*Rumor de tortas y batir de alas...*

Mingo Revulgo.

## UNA EXPLICACION, por Anca.



—Oye ¿por qué estará el mar tan negro?

—Debe ser por que en esta playa abundan mucho los calamares.

## En el Paseo de Recoletos

Todos los buenos días de flesta, de once á una, los madrileños que se proponen ser elegantes, muy presumidos y peripuestos, no dejan nunca de reunirse en el paseo de Recoletos.

Si se les juzga por la apariencia todos parecen cultos, discretos, gente de gusto que allí va sólo á deleitarse con el concierto que da la banda del Municipio en el paseo de Recoletos.

Pero, observando, se ve muy pronto que todo es filfa, que nada es cierto que allí van sólo para exhibirse, que son iguales ellas y ellos y que da grima de once á una ver el paseo de Recoletos.

Luciendo un blanco clavel, prendido en la solapa del lado izquierdo, el elegante primeramente da varias vueltas, con el objeto de ser el blanco de las miradas en el paseo de Recoletos.

Y exagerando ellas la moda en los vestidos y en los sombreros, también pasean por criticarse viendo la paja del ojo ajeno, pero la propia no se ve nunca en el paseo de Recoletos.

Luego que todos se han exhibido, sobre las sillas toman asiento y hablan las manos, si es que están cerca, ó hablan los ojos, si es que están lejos, y hay sitios claros y hay apreturas en el paseo de Recoletos.

Las buenas madres no saben nada, no saben nada de todo esto, y unas á otras muy satisfechas, dicen, soñando con el concierto: —¡Jesús, qué lindas cosas se tocan en el paseo de Recoletos!

Julio Hoyos.

## FOTOTIPIAS

### O T E L O

(Drama frustrado)

Cuadro I.—Despacho del Barón.

EL BARÓN.

(Leyendo.) «Amigo Otelo: como te aprecio de veras, he de repetirte

por no sé ya qué vez, que te ensucian miserablemente el nombre. Una que no es de la Liga». —«Otelo: tu mujer te engaña, observa á tus íntimos, X». —«Otelo: hay quien propala por ahí, respecto á tu sombrero, que puedes colgarlo en tu misma cabeza, sencillamente. Vigila tus miércoles, Z.» —«La Baronesa Desdémona tutea á un señor Conde, Otelo.» —«Unos te llaman Argos, querido Otelo; otros afirman que tu monóculo no es el número que necesitas. Y, en fin, otros cuentan, vista tu pasividad, que solo eres barón de una manera.»

EL AYUDA DE CÁMARA.

(Anunciando.) El señor Marqués de Villadaperna.

EL MARQUÉS.

Vas á perdonarme la embajada, Otelo. ¿Puedes acompañarme un momento? Tengo abajo el auto.

EL BARÓN.

Tú dirás...

EL MARQUÉS.

Vengo del «Club». Allí esta mañana, como casi todos los días, se ha... Mira, Otelo; quizás abuse de mi confianza y de mi amistad, pero yo lo creo un deber. En el «Club» ha habido un regular escándalo esta mañana. Gracias á mí que he podido recoger tu nombre del pavimento, lo que se dice, del propio pavimento... Tú debes batiarte con el Conde de Casa Gálvez.

EL BARÓN.

No te comprendo.

EL MARQUÉS.

Sí me comprendes, Otelo. Tú no ignoras que Desdémona, tu mujer, y que el Conde de Casa Gálvez...

EL BARÓN.

¡Cómo! ¡Eso es una calumnia Yago! Considero á mi mujer incapaz de una infamia de ese género.

EL MARQUÉS.

Una mujer es capaz de todas las infamias, y más si es nuestra mujer.

EL BARÓN.

Desvarías, Yago. Además, el señor Conde, mi amigo...

EL MARQUÉS.

¡Fíate de amigos, Otelo!

EL BARÓN.

Al Conde de Casa Gálvez le tengo por la más dignísima persona.

EL MARQUÉS.

¿Y si yo te presentara una carta?

EL BARÓN.

¡Calumnias, Yago, calumnias!

EL MARQUÉS.

¿...Una carta con la firma de tu esposa...?

EL BARÓN.

Nada. Una falsificación, un chantage.

EL MARQUÉS.

¿Y si yo te enseñara un pañuelo?

EL BARÓN.

¡Bah! Un pañuelo se pierde... se roba... La virtud tiene muchas envidias.

EL MARQUÉS.

¿Y si yo...?

EL BARÓN.

Basta, Yago. Nunca ofenderé á Desdémona con mis dudas. Voy ahora mismo á invitar al Conde de Casa Gálvez para que almuerce con nosotros.

EL MARQUÉS.

Recapacita, Otelo...

EL BARÓN.

Nada, nada. Quedas también invitado. Ya que de ti también se murmuró, quiero dar un mentís completo á los murmuradores.

Cuadro II.—Gabinete íntimo de Desdémona.

EL BARÓN.

(En la puerta.) Anúnciame usted

EL AYUDA DE CÁMARA.

El señor Barón de Valdeluz.

EL BARÓN.

Desdémona... Sólo he de molestarte unos minutos... Aguardo tu venia.

LA BARONESA.

Siéntate.

EL BARÓN.

Habrás de saber... Ya sabes que hay malas lenguas, gente desocupada, entrometida... Se ha dicho... No es que yo dé crédito á tales habladurías... Muy al contrario, lejos de suponer... ¿Tú me comprendes?

LA BARONESA.

Sé lo que vas á decirme.

EL BARÓN.

Pues bien; yo entiendo perfectamente que no existe razón para esas murmuraciones que no te favorecen y que á mí me dañan; pero, por ello mismo, tú debes no exagerar esa amabilidad tuya característica... esa cortesía tuya tan... absolutamente lícita, después de todo, pero... En fin, Desdémona...

EL AYUDA DE CÁMARA.

(Anunciando.) El señor Conde de Casa Gálvez.

EL CONDE.

Una escena familiar... ¿Acaso mi presencia...?

LA BARONESA.

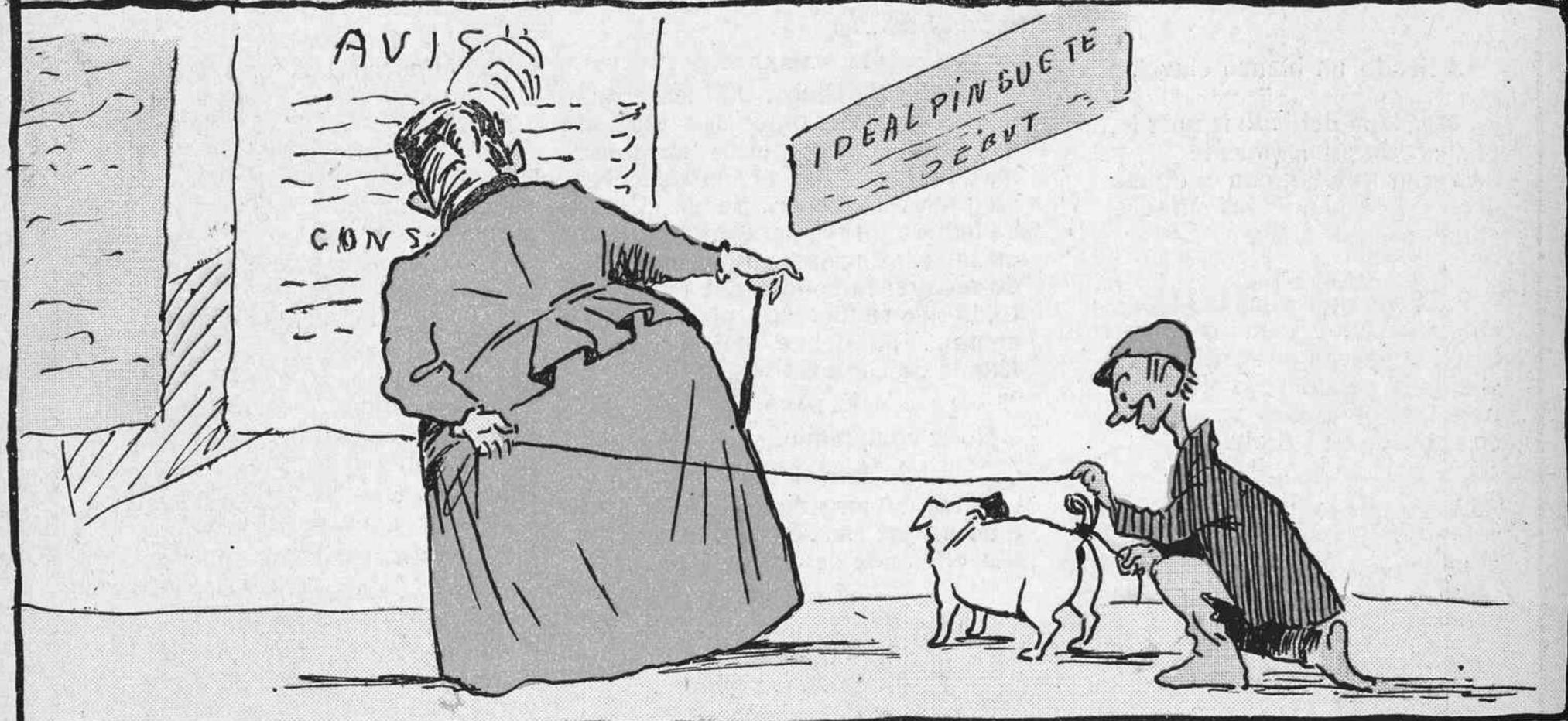
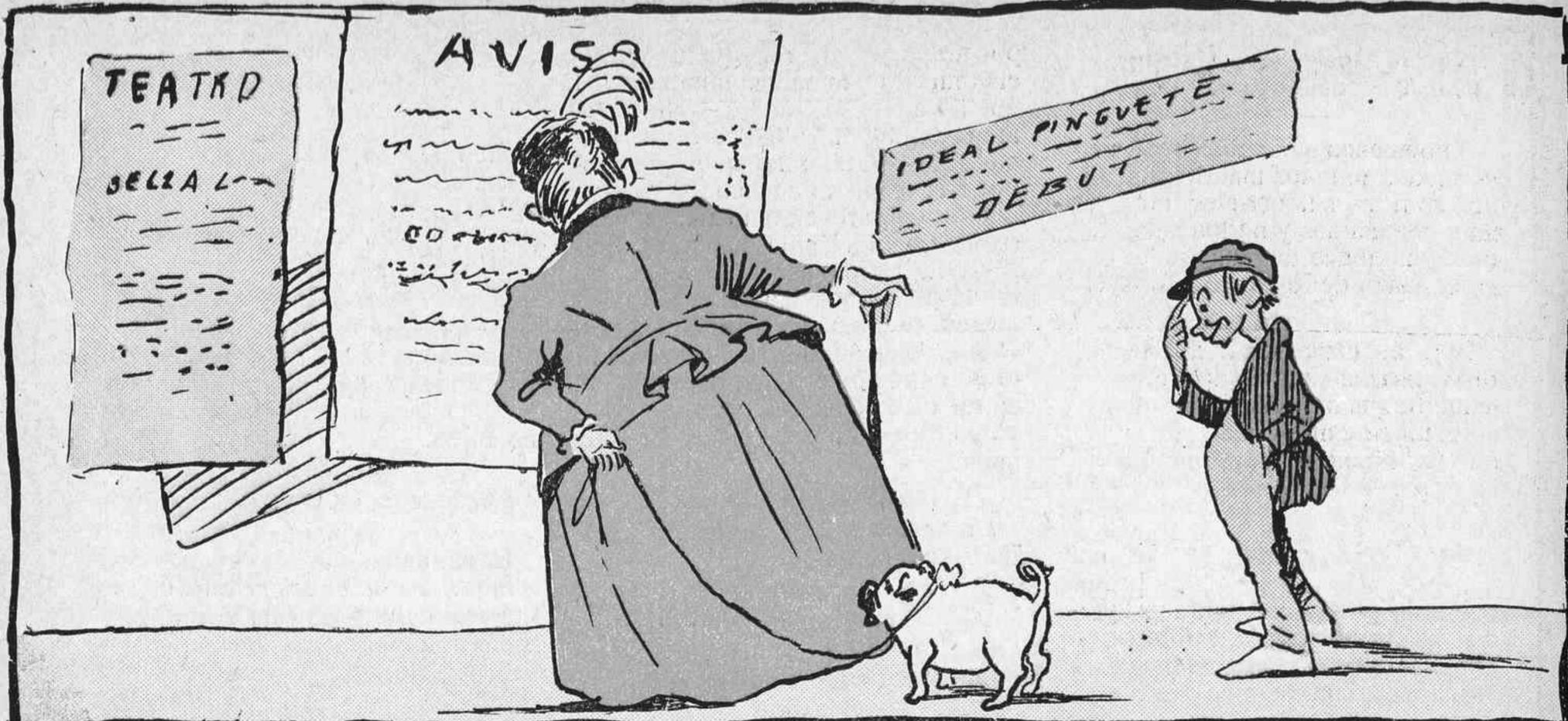
Usted siempre nos honra con sus visitas. Mi marido se retiraba ya.

EL BARÓN.

En efecto, señor Conde; yo ya... me retiraba ya...

Manolo Galán.





DE LA HUERTA, por Folchi.



Folchi  
Burgos 1911

—Tío Vicente, ya he colocao á mi chica la soltera.  
—¿De qué?  
—¡De ama de cría!

EL VIEJO VERDE

Personajes: Rosa y D. Emilio. La primera, regando sus flores, en la plácida azotea de su casita sevillana. D. Emilio entra (1).

—Muy buenas tardes, querida sobrina.

—Buenas tardes, tío.

—¿Cómo estás?

—Ya me ve usted. Regando las macetas.

—Entonces, lo mismo que siempre. Yo no sé qué afición tan loca te ha venido á ti por las flores.

—¿Y qué quiere usted que le haga?

—Pues... nada. Que sigas... regándolas. Si eso es lo que ellas necesitan... Agua, mucha agua. Para que florezcan... que por algo son flores.

—¡Qué párrafo tan bonito! ¿Dónde lo ha aprendido usted?

—En ninguna parte. Ha salido de mi cabeza.

—¡Oh! Ya lo creo. Si usted tiene mucha cabeza.

—¡Niña!

—Bueno; quiero decir mucho talento.

—Eso es otra cosa. Mucho talento tengo, efectivamente... ¡je, je! Pero anda, no te distraigas, y sigue regando esas flores... tan bonitas.

—¿Verdad que sí? Sobre todo este clavel. ¡Mire usted que está rojo!

—Muy rojo. Yo creo que se ha puesto así de vergüenza.

—¿Por qué?

Porque habrá sentido una poca, al ver que su dueña vale más... que él.

—(¡Ya empezamos!)

—Y no quiero decir con eso que sea feo. Al contrario, es un clavel precioso... precioso... Yo, le tengo envidia.

—Naturalmente. El tan fresco, tan rozagante, tan florido, y usted... ¡tan verde todavía!

—No, hija; si no lo envidio por

eso. Lo envidio porque... lo tratas con un cariño... porque... le echas tanta agua...

—¡Ah! ¿De modo que le gustaría á usted, que yo también le echase agua... para que floreciese?

—¡Je, je! Tanto como eso... Además, yo estoy muy florecido...

—Sí. Con sesenta y cinco años encima.

—¿Y qué importa eso? ¿Tú te crees que el ser viejo consiste en tener muchos años... en tener la cara llena de arrugas y la cabeza llena de canas... en andar achacosamente?... No, hija no. Consiste en tener el alma vieja y yo no la tengo todavía. De nada me sirve, pues, que yo tuviese cien años, porque mi alma siempre permanecerá joven y florida.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—De que es usted más filosófico y más romántico...

—¡Bah! Filosófico, como siempre. Romántico... ¡Pchs!... que me gustan mucho las mujeres. Nu puedo remediarlo.

—Ya se ve que no; pero...

—¿Pero qué?

—Que ahora ellas serán las que le hacen á usted ¡fú!

—¡Rosita! ¿Qué estás diciendo? ¿Tú sabes lo que hablas, renacuajo? ¿Quién te ha dicho á ti, que á mi las mujeres me hacen ¡fú! como si yo fuera un gato?

—Nadie, pero me lo figuro.

—Pues te figuras mal, hija mía. Y si no, vamos á ver: ¿no estoy yo todavía... apatiado?

—¡Vamos, tío!

—Vamos donde tú quieras; pero no me vuelvas á decir que á mi las muchachas se me resisten. ¡Ni una... ni una!...

—¡Bueno!

—Si vieses tú, querida Rosa, cuántos corazones destrozo yo todos los días...

—¡Jesús, qué mala idea! Dedicarse á dsstrozar corazones.

—Pero el tuyo... el tuyo... ya me pertenece.

—¡Tío, por Dios! ¿Qué dice usted?

—¡Calla, chiquilla! ¿Tú me ves á mi que estoy tan... viejo exteriormente? Pues no sabes bien lo que soy por dentro.

—¡Tío; haga usted el favor de irse inmediatamente! ¡Que se quite usted de mi vista! ¡Que no quiero verlo!

—Pero sobrina, ¿qué modo es ese de disparatar?

—¡Disparatar! Cuando más tranquilo está el cielo, más pronto se viene la tormenta.

—Tú si que eres una tormenta, inocentona. Si conmigo no puedes fingir. Si lo que calla la boca, lo dicen los ojos. Si he adivinado en tus miradas que estás... que estás desequilibradita por mi...

—¡Jesús, tío, qué desesperación! Le ruego á usted, por lo que más quiera en el mundo, que no vuelva á mirarme á la cara, que se vaya usted en seguida, que no quiero verlo, que me está usted poniendo de mal humor, que le voy á tirar por la escalera!...

—¡Ja, ja, ja, ja! Todas empezáis del mismo modo: que no, que no pero después... ¡ja, ja, ja!

—¡Váyase usted, tío!

—Sí, me voy, me voy... Adiós, preciosa. Sigue regando tus flores, que eso es lo que ellas necesitan; agua, mucha agua!... Para que florezcan... ¡que por algo son flores! ¡ja, ja, ja!

(Desaparece, riendo plácidamente.)

José López Jiménez.



(1) Estos personajes hablarán el andaluz llano, propio de la clase desahogada.



**L**ECTORES míos: en verano no se publican libros. Perlido, el liróforo del gremio de mercería dormita sobre su mostrador; Penacua, Moral y Manteca y los otros héroes de tragicomedia que habéis visto pasar por esta sección de MADRID CÓMICO, están amodorrados bajo el ardor canicular. Desgraciadamente el verano pasará muy de prisa y ellos habrán de reincidir.

No puedo hablaros de libros. Os hablaré de la literatura y de sus intrépidos paladines. Tal vez sea esto una religión, porque tiene sus santos y sus mártires, aunque mejor parece un ambulante manicomio por sus orates en tan pintoresca multiplicidad.

Ved si no son almas con el temple de los cristianos de las catacumbas algunos literatizantes que conocéis. He aquí que este hombrecillo del fieltro abollado, chalina al viento, calzones traspillados, que parece un mangante, posee un hogar confortable, allá en un rincón provinciano, lecho mullido, blancos lienzos y pan á manteles. El hombre ha venido á Madrid á *hacerse firma*, á abrirse camino y hasta ahora el único camino que ha encontrado es el que conduce á los bancos del Botánico, que son su alojamiento provisional. Y este sujeto tiene inteligencia, cultura y á veces siente unos grandes deslumbramientos dentro de la cabeza. Tal vez sea la poca costumbre de comer, aunque él dice que es el resplandor del ideal; ¿y porqué no hemos de creerle?

Es muy posible que un día se caiga de bruces en el arroyo para no levantarse más, sin haber conquistado el soñado laurel, y entre sus papeles se hallen unos cuantos sonetos admirables, ó entre sus andrajos un pedazo de poema sinfónico sobre un mugriento pentágono. Pues este vencido, este fracasado de la vida, debe ser considerado como un santo de este templo ideal del arte.

Los mártires son legión. Están en los quicios de las puertas en espera de que salga algún pingüe conocido,

—Mi querido X, necesito cinco reales para no fallecer antes de terminar mi novela. Quiero legar algo á la posteridad.

Y ¿quién por cinco reales se opone á la gloria de un amigo?

Hay por ahí un joven piruetista cartagenero, que luce un precioso chapeo azul celeste, y que es una maravilla de optimismo.

—Ahora estoy muy bien; ceno todas las noches y duermo dos días á la semana.

Comprenderéis que con ese espíritu panglosiano y esa sobriedad se pueden acometer conquistas fabulosas.

Y hay que ver el concepto hiperbólico que tiene de la moneda. Tuvo largó tiempo un sombrerillo redondo, casi sin ala, de un interesante color de barquillo, chapiro de *hijo de boticario* de género chico. Pero un día, tal se pusieron las cosas, que hubo de venderlo en una prendería de la calle de Tudescos, en unión de dos panecillos duros.

—Yo hubiera querido conservarlo como recuerdo de la lucha—y agrega con una vocecilla petulante:—Pero necesité dinero y lo vendí en tres perras gordas.

Podemos decir que los mártires son los que sufren todos los azares de la vida precaria y caen sin nombre y sin gloria y en sus bolsillos no se encuentran versos ni

pedazos de música, ó si algo se halla, es preciso romperlo ú ocultarlo en pro de la memoria del finado; son, en fin, los que no tienen nada que decir á sus contemporáneos, los ilusionados por el sortilegio de la letra de molde, de la apoteosis del triunfo y de la estela de gloria que dejan algunos hombres flotante después de la muerte.

Ahora, los locos de la literatura merecen algunas líneas aparte. Ahí tenéis al Sr. Sancho en pleno delirio por las calles de la villa, y despreciándome desde su altura como envidioso de su gloria. Yo conozco diariamente á algún orate literario, y algunos tienen una locura muy discreta, valga la horrible paradoja. Son los señores suaves, ecuanímenes en apariencia, que un día os convidan á comer en su casa, os regalan espléndidamente, y aprovechando el horror de la digestión abren su mesa, extraen un manucristo y os dicen traidoramente:

—Hombre, yo quisiera saber su opinión sobre una tragedia en siete actos, que he escrito á ratos perdidos...

Y vosotros por gratitud os dejáis *colocar* el monstruo en siete actos, porque también el estómago es algunas veces una víscera sentimental.

Entre los muchos que yo he conocido, siempre recordaré al Sr. Sorroche, con su gran cartapacio rojo colgado del hombro y su volumen titulado *Los gitanos considerados como fieras alimañas. Ensayo de filosofías*. ¡Oh admirable Sorroche, quijotesco y triste, en el fondo de cuya filosofía sólo había un anhelo, el muy alto y muy justo de ganar algún dinero para demostrarse á sí mismo que la alimentación cotidiana es compatible con las mayores trascendencias filosóficas.

Emilio Carrere

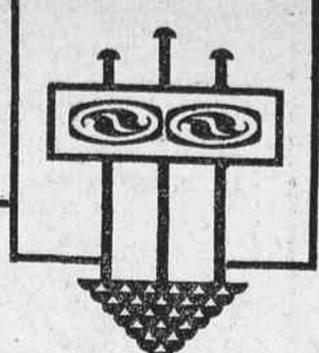
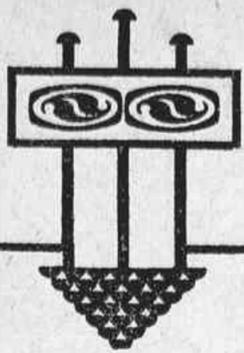
## EN LA PLAYA, por Anca.



—¿Desde cuando tienes esa lanzadera?  
—Desde el día de mi *lanzamiento*.

# ALCAZARQUIVIR,

Paso-doble-Machicha, por Luis Romo.



This image shows a page of handwritten musical notation for piano. It consists of seven systems, each with two staves. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings. The dynamics used are *ff* (fortissimo), *mf* (mezzo-forte), *f* (forte), and *p* (piano). There are also articulation marks like accents and slurs. The piece appears to be in a minor key, as indicated by the flat sign in the second system. The handwriting is clear and professional.

# NOCHE DE NOVIOS

—¡Ay Mamerto de mi vida, gracias á Dios que nos vemos libres de los *convidaos*, del bullicio y del jaleo!  
—¡Qué ganas tenía, Celi, que llegara este momento! Ven *pa* acá, ninfa silvestre, que te estreche entre mis remos, reina náutica y excelsa de mi sangre y de mi cuerpo.  
—¡Por Dios que me ruborizo, no digas eso, Mamerto!  
—¿Que te ruborizas? ¡Vamos! *Pos* estaría ahora bueno que vinieras con rubores cuando ya maridos *semos*.  
—Sí, *tiés* razón que te sobra; pero, la *verdaz*, no puedo remediarlo. La emoción... el *azto*... la...

—Bueno, bueno,  
¡Ni que fuera el primer *azto*!  
Si este *pa* tí viene siendo el último *ú* más *tovia*, el *epílogo* lo menos.  
—¿Es *indirezta*?

—¡*Indirezta*!  
—Eso parece, Mamerto.  
—*Indirezta* no, chiquilla; no m'entiendes.  
—Si t'entiendo; y parece qu'es que quieres recordarme lo del Melo y lo del Chato y el Tripas y el Enjundia y otros... neos, que *tién* más poca que... Vamos, m'echo un *ñudo* por respeto al *azto* que celebramos.  
—Pero, ven acá, salero; ¿Tú te piensas, por si acaso, que no sé lo que te debo?  
—El *trouseaus* y el pagarte diez papeletas d' empeño; pero no te lo echo en cara; yo soy así cuando quiero.  
—Y eres más: Eres un astro qu'ha *bajao* del firmamento como un pájaro, volando, y t'has *posao* en mi pecho.  
—¡No estás tú mal pajarraco!  
—Lo qu'estoy yo es casi lelo por tus *peazos*.

—¡Granuja!  
¡Ay, qué lástima, Mamerto, que tengas tantas narices y esas orejas de cerdo, con tu perdón sea dicho.  
—Tú lo tienes.  
—¡Ay!  
—¿Qué es eso?,  
—Que me viene á la memoria pero no tengas tú celos, que no sé como he *podío* querer al Chato y al Melo y al Tripas y hasta al Enjundia, cuatro esperpentos más feos y más raros que don Picio, viviendo tú.  
—Cacho *é* cielo, dentro d'esta habitación nos espera un catre nuevo con dos sábanas de Holanda con que envolver nuestros cuerpos.  
—¡Ay!  
—¿Qué te pasa, morucha?  
—No lo sé; algún *devanedo*.  
—¿Es la emoción *ú* es el *azto*?  
—Son las dos cosas, Mamerto.  
Aureo Gamba.

# MOSQUITOS DE TROMPETILLA

¡Hay una invasión de ellos!  
El verano, sin música, podía soportarse; pero un verano con músicos alados, dispuestos á largarle á cualquiera una serenata á cada momento, tiene mucho que rascar. Y no son las serenatas lo más lamentable. Lo peor es que tiene uno que formar parte de la orquesta, llevando el acompañamiento.

A cada nota aguda de uno de esos mosquitos de trompetilla—¡que mal rayo los parta!—necesita uno responder con algún cachete en la sudorosa mejilla; ó con algún manotazo en el sufridísimo pescuezo; y, nada, que se pone uno verde.

¡Me río yo de los disciplinazos y de las mortificaciones que se propinan algunas personas por ganar el cielo!

Llevo yo más de ocho días dándome por las noches cada bofetada, capaz de borrar los más graves pecados de este pícaro mundo.

Y si los mosquitos de trompetilla no *tocan* retirada y la situación musical se prolonga por algún tiempo, voy á poder ofrecerles á ustedes un puestecito en el cielo, porque mi nombre figurará en la lista de los innumerables mártires que en el mundo han sido.

Conozco á un respetable sacerdote con el que *la han tomado* este verano los terribles mosquitos de trompetilla, y le pegan cada paliza que mete miedo.

Ayer tarde me le encontré en la calle cuando acababa de levantarse de la siesta y tenía la cara como un chiquillo en pleno brote de sarampión.

—¿Pican? ¿Pican?—le pregunté.

Y el virtuoso presbítero tuvo que morderse los labios por no darme la contestación adecuada y que, por lo visto, no armonizaba con el carácter sacerdotal del paciente.

Trato también una señora obesa de esas que se rezuman constantemente y á la cual no sólo la pican, sino

que hasta la *banderillean* y acabarán por matarla los de la trompetilla.

Se acuesta la buena señora; á los pocos instantes comienzan los zumbidos y picaduras, con acompañamiento de terribles manotazos en las carnosas mejillas y en el robusto cuello, y como la pobre víctima ofrece extensas superficies á la voracidad de los crueles volátiles, cae sobre ella un mundo de mosquitos y se arma la de Dios es Cristo. ¡Como que en la vecindad ya conocen cuando se retira al lecho la buena señora!

De cada una de esas refriegas saca la infeliz en el rostro espantosos ronchones y... ¡me río yo de Siete Picos y de la Peña del Oso ante los abultamientos que adornan aquella cara mofletuda!

La verdad es que se echa uno á *rilar*—como dicen algunos jóvenes elegantes—cuando llega la hora de acostarse y de vérselas, mano á mano, con los mosquitos de trompetilla.

—¡Está usted bueno este verano!—me decía la otra noche en el paseo un forastero, antiguo amigo mío.

—Efectos de la gimnasia—le contesté.

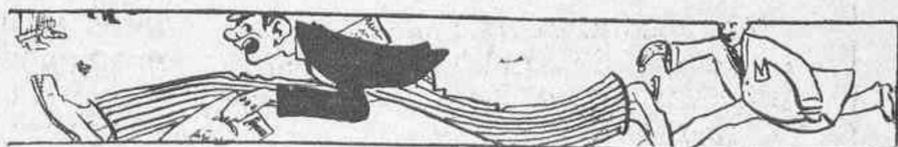
—¿Trabaja usted en las paralelas?

—No, señor, en la siesta. ¡Me traigo con los mosquitos una de flexiones de brazos y piernas todas las tardes!

Comprendo el espanto que producirá entre los mismos mortales la trompeta del Juicio final cuando llegue ese juicio pavoroso.

¡A juzgar por el efecto que nos hace la trompetilla...

José Rodao.





## A CADA CUAL LO SUYO



Señoras y caballeros,  
militares y paisanos,  
catalanes y andaluces,  
extremeños y galaicos;  
empleados y cesantes,  
generales y soldados,  
amigos y compañeros,  
viejos, jóvenes y párvulos;  
á todos y á cada uno  
pido perdón por el rasgo  
de inmodestia, que yo creo  
oportuno en este caso.

No pasa día ni noche  
sin que en los papeles diarios  
de Madrid ó de provincias,  
se diga algo de Soriano,  
y esto, aunque me enorgullece,  
y con placer constar lo hago,  
porque el apellido *suen*a  
y da envidia á más de cuatro,  
ocasiona á mis parientes  
los más profundos quebrantos,  
les proporciona disgustos  
y les da muy malos ratos.

Publica un día un periódico:  
«Valencia.—Llegó Soriano.  
*Manifestación inmensa,  
indescriptible entusiasmo.*

*Carreras... Salió la guardia  
civil, repartiendo palos...*»  
y... la censura interrumpe  
lo importante del relato.

Y desde que se hace pública  
la noticia del escándalo,  
lo cual da ocasión á muchos  
rumores y comentarios,  
mis deudos y mis parientes,  
aun aquellos más lejanos,  
por correo y por el hilo  
me preguntan alarmados:

«¿Qué es lo que te ha sucedido?  
Constéstanos, por Dios santo,  
porque aquí estamos del modo  
que puedes hacerte cargo».

Otro día en el Congreso  
dice á La Cierva Soriano  
con su genial oratoria  
conceptos duros y cáusticos.

Los conservadores bufan,  
La Cierva está al rojo blanco,  
el Conde agita la esquila,  
Canalejas está pálido,

Las tribunas se alborotan  
y se oyen, de escaño á escaño,  
conceptos que en la plazuela  
nos causarían espanto.

Pues me asedian mis parientes  
dándome consejos sanos,  
porque los pobres me tienen  
por un revolucionario.

«No te metas con La Cierva,  
que parece un buen muchacho,  
aunque de él los taberneros  
digan todo lo contrario.

No le gastes cuchufletas,  
aunque se vista en el Rastro,  
ni le ataques por que lleve  
siempre el pantalón á cuadros.

¡Puede que no tenga otro,  
lo cual no sería extraño!  
¡Mucho peor viste Weyler  
y dicen que es millonario!»

Otro día en cualquier calle,  
uno que la da de guapo,  
da un golpe traidoramente  
al famoso diputado,

y al relatar el suceso  
con arreglo al formulario  
que se estila en los periódicos  
cuando se quiere hinchar algo,

se escribe con letras gordas,  
y en primera plana, claro,  
esto: *Soriano agredido.*  
*¡Una venganza! ¡Hecho bárbaro!*  
*¡La policía en la higuera!*  
*¡Hay que armarse, ciudadanos!*  
*¿Será cosa de La Cierva?*  
*¡Ileso por un milagro!*

Nuevo susto á mis parientes  
que me escriben alarmados,  
porque otra vez me suponen  
víctima de algún mal paso.

Y no ven que los repito,  
á fin de tranquilizarlos,  
que no se asusten ni pasen  
por mi cuerpo malos ratos,  
aunque lean en la Prensa  
que Soriano armó un escándalo  
en el Congreso, ó que tuvo  
que pegarle cuatro palos

á cualquier siervo de Maura  
que por conquistar un lauro  
le dijo una impertinencia  
que fué cobrada en el acto;  
porque Sorianos hay muchos  
y resultaría un tanto  
pretencioso que me tengan  
por el único Soriano.

Pues bien, mis dulces amigos;  
yo me atrevo á suplicaros  
que cuando escribáis mi nombre  
para bueno ó para malo,  
para evitar discusiones  
y disgustos y quebrantos,  
pongáis tras del apellido,  
si esto no ocasiona gastos,  
mi nombre, y de esta manera  
mis parientes y allegados  
vivirán siempre tranquilos  
y sin pasar malos ratos.

Manuel Soriano.



## ¡TRAPEROOO...!



Entre los mil vendedores ambulantes de Madrid, ¿no es el trapero, decid, uno de los *más mejores* que vemos todos los días por calles y callejuelas, y por plazas y plazuelas, vendiendo sus mercancías?

¿No es un tipo cortesano de gran relieve el trapero, mezcla de chamarilero, chalán, prendero y gitano; industrial y comerciante de aire libre y tienda abierta, que pasa de puerta en puerta cual nuevo Judío Errante?...

No lo voy á *descubrir*, porque ya lo conocéis de sobra; mas, si queréis, os lo puedo describir.

\*\*

Mal vestido y con sombrero —por lo general de copa—, va siempre gritando: *¡Ropa vieja que vender! ¡Trapero!*

Es el «primer ocupante» de todas

las almonedas, y, si afloja unas monedas por *algo*, valdrá bastante más aún del ciento por uno de lo que él le da á su cliente... ¡Vamos, que es precisamente lo contrario de San Bruno!

Tiene en el Rastro su puesto, y con la tal compraventa le saca el hombre una renta (legítima por supuesto), que viene á ser una cantidad inconmensurable. En fin, ¡que es muy respetable la profesión de chalán!...

\*\*

Cuando la mala fortuna nos hace pasar apuros, va y nos ofrece dos duros por un armario de luna, ó por un aparador (siempre que tenga vajilla)... ¡Y nos los da en calderilla, que es muchísimo peor!

No por malicia, por yerro de él, no

hallarás un cartucho donde no falte algún chucho (quiero decir algún *perro*).

Y así, con los que te tima (claro que sin mala fe, ni mucho menos-pues... ¡te quitará *un peso* de encima)

\*\*

Tal vez, lector, los traperos sean «un mal necesario» lo mismo que el funerario y que los sepultureros. Y quien se espanta á la vista de esas personas molestas, debe recordar las gestas y gestos del prestamista, porque al fin lo cierto es que ellos alivian tu mal, arriesgando un capital y no cobrando interés...

Dicho ya lo cual, me escapo por el foro, caballeros, no se enfaden los traperos... ¡y me pongan como un trapo!

Carlos Miranda.



DULZURAS.

EL TIO CAMPANITA.

DON PIO.

Sobaquillo

DON MODESTO.

SENTIMIENTOS

DON PEPE.

N N.

EL BARQUERO.



—Tengan ustedes la seguridad de que todos los hombres somos unos ángeles.  
—Sí, es verdad; hasta ahora todos los novios de mis niñas han *volado*.



Ahora resulta que *Le Temps* quiere hacer las paces con nosotros y nos invita al vals de un modo cariñoso.

¡Y todo esto, después de las desatenciones y las palabras gruesas de los pasados días!

¡Tan veleidosos son los franceses como sus veleidosas cocotas!

¿Antes la cara fosca y ahoratan sin igual moco de pavo?... ¡Atentos esa mosca, señores parísinos, por el rabo!

\*\*

Unos cuantos señores proponen en *La voz de la calle* del *Heraldo* que se dé el nombre de calle de Vicente Pastor á la que hoy es Avenida de la Plaza de Toros.

Con este motivo, varios periodistas han hecho constar su indignación en sendas protestas.

Vamos á cuentas, mis queridos cofrades; ¿no hay en Madrid una calle del Conde de Romanones? Pues ¿qué inconveniente hay para que haya otra que se llame de Vicente Pastor?

¿Es que el matador de toros madrileño no reúne tantos ó más méritos como el cacique de Guadalajara?

¿Que Romanones es cojo?... A punto de serlo ha estado Vicente por obra y gracia del toro *Cafetero*?

¿Que Romanones tiene varias minas?... Vicente tiene muchas más; una en cada morrillo.

¿Que á Romanones le ponen de oro y azul porque torea á los electores?... Pues á Vicente de verde y oro, de grana y oro, de grosella y oro... y no torea hombres, sino toros, que es mucho más expuesto y mucho menos ofensivo.

¿Que Vicente no es solo; que todo lo hace con su cuadrilla? ¿Quién me podría asegurar que el conde no tenga *cuadrilla* también?

Para que el odio no estalle y no se dé ni una queja, debe dársele la calle á Vicente. Y, aunque falle, ¡á Romanones la oreja!

\*\*

Estamos en el mejor de los mundos, ¡qué delicia!... Conflictos aero-locales; tiritos con la morisma, Canalejas en la higuera, el cólera haciendo víctimas,

García Prieto en Estado! (un estado que da risa), el calor siempre subiendo, el inquilino hecho trizas esperando el nuevo impuesto sin tener tres perras chicas, los carreteros en huelga, Maura detrás de la esquina... ¡Justo cielo!... ¿Esto es España ó el rigor de las desdichas?...



J. L. J.—No, señor; está usted equivocado; no me molestan, ni mucho menos, sus cartas. Puede enviarme lo que guste, porque usted lo hace bien. Tomo nota de sus lamentos y se los colocaré á quien corresponda.

R. B. R.—¿Otro golpecito á la leche?... ¡Pues lo que es éste no pasa ni con la recomendación del doctor Metchlenikoff!

I. S. de la M.—Usted mismo dice que este semanario es «chispeante y ameno». Bueno, pues ¿por qué no nos envía una cosita que reúna estas dos condiciones?

A. R.—Logroño.—Pues... no me gusta el *Cuento*, con permiso de Georges Auriant. ¡Ah! .. *El hombre modelo* tampoco me gusta.

J. F.—No, señor; no valen (con *v*) las caricaturas; además, tenga en cuenta que no se devuelven los originales.

H. I. S.—Tudela.—Puede que tenga usted razón al decir que envía unos versos; pero, la verdad, yo no veo los versos por ninguna parte. ¡Porque supongo que no llamará usted versos á unas tonterías en renglones cortos que vienen con su carta.

L. M. M.—Sevilla.—Ese cuentecito que usted con un gran cinismo dice que «se acaba de sacar de su cabeza», se lo he oído yo al maestro Domínguez en más de cuarenta fonógrafos. ¡Pero qué frescos los hay, Dios mío!

I. G. P.—Villafranca.—Aplíquese también lo de fresco que le digo á su colega de Sevilla. ¿Qué sacarán ustedes con poner su firma al pie de una cosa que no es suya?

L. B. S.—Tarragona.—¿Tenía usted síntomas coléricos cuando escribió el articulito que envía? Porque es talmente una deposición. ¡Ande y que le fumiguen la mollera, respetable besugo!

E. B. C.—Cartagena.—¿Casa consonante de Cachaza?... ¡Al cesto!

J. B. B.—Córdoba.—¡Si *Guerrita* lee ese *Sucedido*, le mata á usted de media estocada pescuecera!

F. V. O.—Santander. ¿Conque un apunte del Sardinero? ¡Ande usted como pueda, apreciable sardina!

E. D.—Valdepeñas.—¿Cuántos medios chicos tenía usted dentro del cuerpo cuando escribió el artículo en cuestión?... Sería un dato muy curioso.

R. F. A.—Torrijos.—¡Ay! no señor; no podemos atender á usted, y mucho menos defenderle contra el cacique; no es esa precisamente nuestra misión en este interminable valle de lágrimas... amén.

F. F.—Salamanca.—Un drama en veinticinco cuartillas son muchas cuartillas y mucho drama para MADRID CÓMICO.

A. V.—Burgos.—Puesto que conoce á nuestro querido amigo y asiduo colaborador Manolo Galán, pregúntele á él si los trabajos anodinos tienen cabida en MADRID CÓMICO. A su contestación nos remitimos. Pero... ¿qué apostamos á que el articulito de usted no le ha visto ni mucho menos aprobado Manolo Galán?

A. C.—San Sebastián.—Los artículos de la fe, con permiso de usted, son catorce. Aparte de ese pequeño lapsus—¡que ya es un lapsus!—, no veo la razón de mofarse del Catecismo y ponerlo en solfa. ¿No le parece á usted?

Rutinilla.—¡Medrados estamos, amigo, si el cuadro le sale á usted como el boceto! ¡Pinte, pinte otro bocetito!

F. A.—¡Sicalíptico...! ¿Con que «sus carnes blancas, apretadísimas, con reflejos de nácar», etc., etc...? ¡Al cesto!

M. de C.—¡Aprieta, constipado!, digo yo. Si no mide usted bien los versos, ¿por qué no escribe en prosa?

R. P. de G.—Mire usted, hacer la corrección que me indica, supone invertir un tiempo del que no dispongo, pues son muchas las cartas que he de leer. ¿No le sería á usted lo mismo enviar otra cosa?

L. S.—Y dice usted:

«A un alcalde de montera que de listo las tirava»

¿Por qué le tiene usted esa tirria á la ortografía?

A. D. M.—Mérida.—¡Cosas serias, no; por los clavos de Cristo. ! ¡No hay derecho!

R. F. G.—Es usted el más guasón de todos los mortales. ¡Miren que enviar unos versitos en esperanto...!

H. A.—Torrejón de Ardoz.—Si hay escuela en ese pueblo, que supongo que sí, debe usted asistir un par de años á la clase de adultos. ¡Yo le pagaré los honorarios al maestro!

Nota.—No se devuelven los originales ni se abonará cantidad alguna por aquellos que se publiquen sin haber sido solicitados previamente por esta Dirección.

**COMPRE USTED**

**TODAS LAS SEMANAS**

# **ARTE TAURINO**

el semanario de toros de mayor circulación

---

Informaciones gráficas de todas las corridas de España. — Colaboración de los mejores escritores taurinos.

**PRECIO: 20 CENTIMOS**

**EN TODA ESPAÑA**

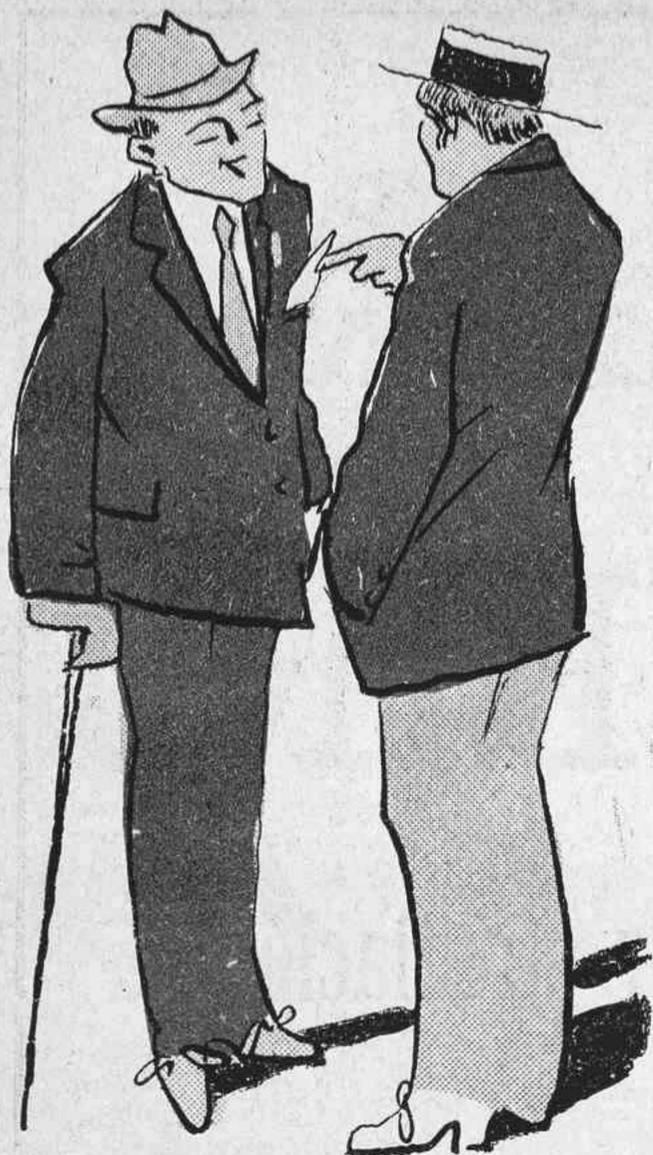
En breve aparecerá

## **EL CUENTO ILUSTRADO**

**PERIÓDICO SEMANAL**

Colaboración de los mejores escritores. — Edición á todo lujo en papel couché.

**❧ VEINTE CÉNTIMOS ❧**



—Chico, estás que desbaratas.  
 —¿Por qué?  
 —No doy en el *quid*.  
 —Porque llevo las corbatas mejores que hay en Madrid.  
**Mariana Pineda, 12.**



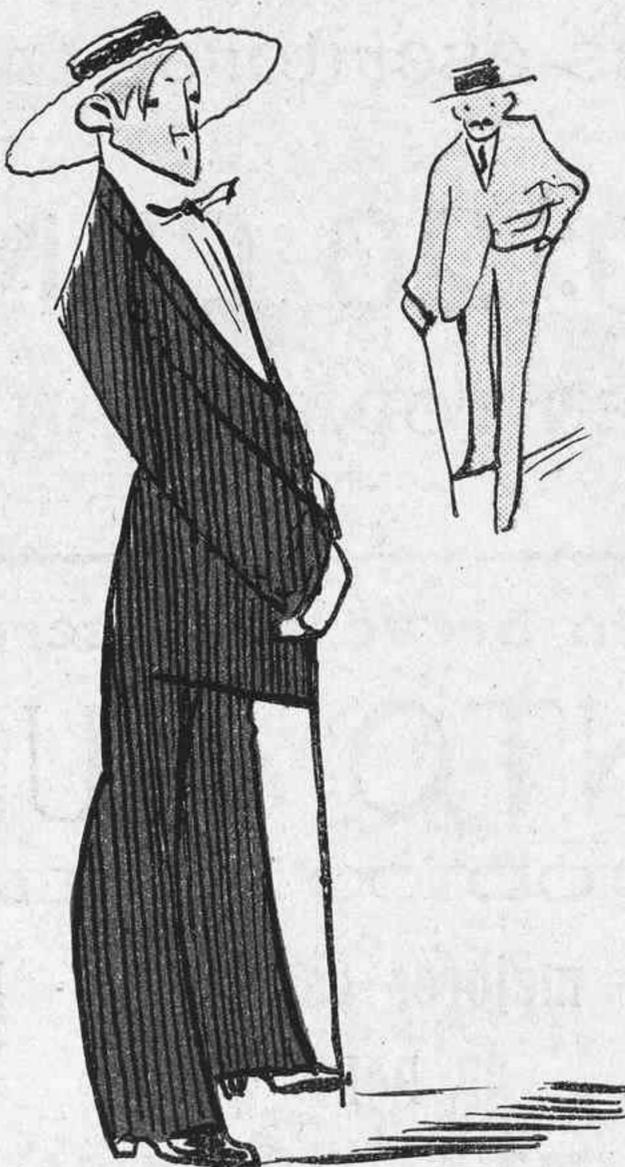
Este señor gordo es Wamba, y está rollizo por qué toma dos veces café de la marca **Tupinamba**.



—Vuelve otra vez el calor y en asfixiarme se empeña: compraré un ventilador de los de casa de **Ureña**.



—Chica, ¿y aquellas arrugas?  
 —Desaparecieron ya.  
 —¿Y cómo?... ¡Dimelo pronto!  
 —Usando el producto **Yac**.



—Aquí el Tenorio se acaba y no queda un corazón si compro en casa de **Eslava** una alhaja de ocasión.  
**Montana, 40**



—Dame una fotografía *pa* la plaza de Larache; miá que si no, no toreas: ve y que te la haga **Calvache**.

AP